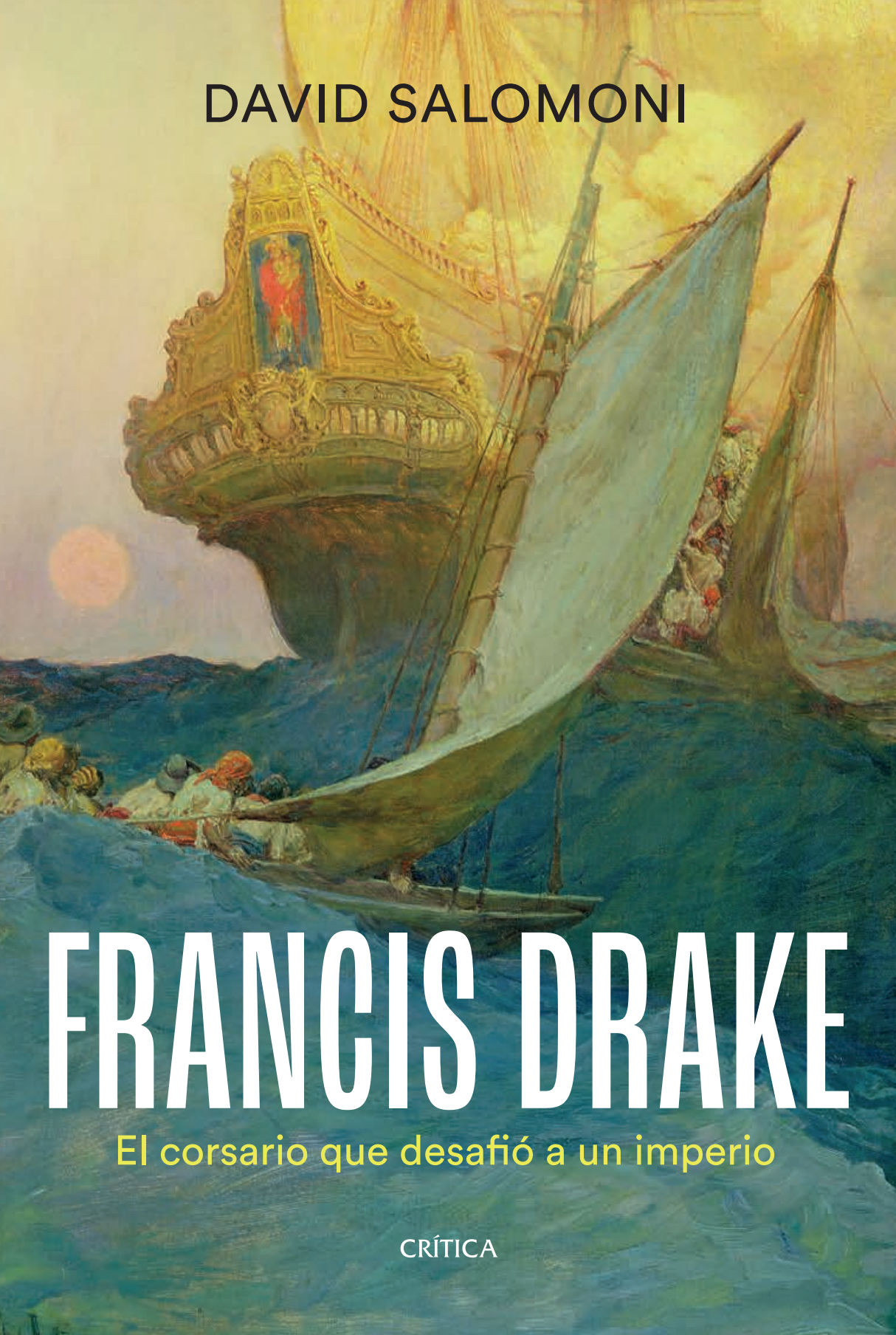




DAVID SALOMONI

FRANCIS DRAKE

El corsario que desafió a un imperio

CRÍTICA

David Salomoni

Francis Drake

El corsario que desafió a un imperio



Traducción castellana de
Lara Cortés Fernández

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2024

Francis Drake
El corsario que desafió a un imperio
David Salomoni

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Francis Drake. Il corsaro che sfidò un impero*

Nuestro libro ha sido traducido gracias a una subvención del Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación Internacional italiano

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione Internazionale italiano

© Gius. Laterza & Figli, 2023

© de la traducción, Lara Cortés Fernández, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-673-6
Depósito legal: B. 12.394-2024
Impresión y encuadernación: Rotoprint
Printed in Spain - Impreso en España



Una lucha por la supremacía

ANATOMÍA DE UN CONFLICTO

En la segunda mitad del siglo XVI el corazón de Europa estaba desgarrado por guerras crueles y sangrientas. La reforma protestante, que puso en marcha en 1517 un oscuro presbítero de Sajonia, el agustino Martín Lutero, había destruido sin remedio los cimientos comunes de la cristiandad occidental. Para algunos, este personaje era el Anticristo, la señal diabólica e inequívoca de que el fin de los tiempos se acercaba. Para otros, Lutero era el renovador que puso fin a la depravación que estaba causando estragos en la Iglesia de Roma.

Ciertas dinastías europeas vieron en esta ruptura una apetitosa oportunidad. En aquellos decenios, el papado era, a ojos de muchos, cada vez más corrupto y decadente. El lujo en el que vivían los pontífices casaba mal con la creciente necesidad de un renacimiento espiritual que estaba experimentando Europa en esos turbulentos años. Cada vez resultaban más intolerables las ingentes sumas de dinero que, con la excusa de la faraónica construcción de la nueva basílica de San Pedro, se sustraían a los cristianos de a pie (y al erario público) a través de la venta de indulgencias: un lucro basado en la superstición y en el terror al infierno de las personas ingenuas. Numerosos monarcas, sobre todo del norte (germanos y escandinavos), cansados ya de someterse al yugo apostólico romano, se sumaron a las nuevas doctrinas. Lo hacían

motivados por una mezcla de sentido religioso y razón de Estado. De hecho, separarse de la Iglesia católica permitiría a príncipes y reyes embolsarse, en beneficio propio y de las arcas públicas, el enorme patrimonio del que disponían monasterios y conventos.

Sin embargo, no todos los soberanos veían ventajas en abrazar la Reforma. Para algunos, de hecho, la fidelidad al papado suponía una garantía de fuerza y estabilidad. Por ejemplo, la monarquía francesa, *fille aînée de l'Église*, «hija mayor de la Iglesia», gozaba de una mística legitimidad gracias a su secular alianza con el papa. A pesar de las ambigüedades y de las contradicciones de su pasado reciente, el rey de Francia seguía siendo *le Roi très chrétien*, «el cristianísimo rey». En aquellos decenios, otros reinos, como España o Portugal, basaban sus propias ambiciones de hegemonía mundial en la autoridad de *dominus orbis* que representaban los papas. En la ciudad española de Tordesillas se firmó en 1494 un tratado que dividió el mundo en dos partes, asignadas respectivamente a las monarquías lusitana y castellana. El acuerdo respondía a la voluntad de Alejandro VI (Rodrigo Borgia), uno de los pontífices más mundanos y ávidos de poder de esta agitada época. Fue precisamente él quien, siguiendo el modelo del soberano de Francia, concedió a los monarcas de Castilla y Aragón el sobrenombre de «Reyes Católicos», título que tendrían derecho a transmitir a sus propios herederos y estos a los suyos, generación tras generación.

Como veremos en las siguientes páginas, es fundamental entender la trágica profundidad de estos conflictos para seguir las gestas del corsario Francis Drake. No en vano, cuando las grandes potencias católicas no estaban ocupadas en combatirse las unas a las otras, se dedicaban a sofocar de manera sangrienta la difusión de las doctrinas protestantes, que por aquel entonces se iban abriendo paso con una fuerza irrefrenable dentro de sus fronteras. Una dinastía en particular se erigía frente a las demás en defensora de la intransigencia católica. Felipe II, en el trono entre 1556 y 1598, había recibido de su padre, Carlos V, los reinos de Castilla, Aragón, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, los ducados

de Milán y de Borgoña, Flandes y el inmenso imperio americano, que los conquistadores españoles forjaron a base de innumerales golpes (tanto asestados como sufridos). Por si todo esto no fuera suficiente, en 1580 el acceso a la corona de Portugal y el Algarve proporcionó a la Casa de Habsburgo el dominio sobre la otra mitad del mundo: África y Asia. El poder del rey de España se extendía así desde los desiertos de los Andes hasta las selvas tropicales de Angola y Mozambique, desde la desembocadura del río Amazonas hasta los archipiélagos indonesios. La Divina Providencia había asignado a Felipe II el deber de llevar la santa religión, católica, apostólica y romana, hasta las antípodas, sofocando con sangre y de manera definitiva la herejía luterana, que había comenzado en 1517.

Felipe no era hermoso, pero poseía un aura carismática. Era de estatura baja y sus ojos azules emanaban una gélida luz capaz de infundir un temor reverencial a quien se le pusiera por delante.¹ Además, era el heredero de un secular compromiso de cruzada: sus antepasados concluyeron con éxito la Reconquista* de la península ibérica, arrebatándosela a las dinastías musulmanas. Ante él, en un mundo ya global, se dibujaban nuevos y titánicos retos. Por el este y por el sur, en el Mediterráneo, presionaban los turcos otomanos y avanzaba, poderosa, la amenaza islámica. Mientras tanto, en el corazón de Europa se extendía el veneno de la nueva herejía. A los ojos del monarca, el carácter pernicioso de aquellas doctrinas era tan grande como su capacidad para desdoblarse en nuevas confesiones: luteranos, calvinistas, anglicanos, anabaptistas... En el resto del mundo, entre océanos inmensos y continentes recién controlados, existían ingentes masas de personas a las que ganar para la fe verdadera. Felipe II sabía que él era el único que podía superar aquellas pruebas.

Él y nadie más que él.

No podía hacerlo, desde luego, el rey de Francia, que por aquellos años estaba involucrado en una extenuante serie de

* La palabra «Reconquista» aparece en castellano en el original. (*N. de la t.*)

guerras civiles. Tampoco sus primos, los Habsburgo de Austria, que eran demasiado débiles. Los sacros emperadores romanos, contestados desde el principio por muchos —demasiados— estados alemanes, siempre en precario equilibrio entre el catolicismo y la herejía, contenían a duras penas la expansión otomana, que, bajo el liderazgo del sultán Solimán el Magnífico, había llegado en 1529 hasta las puertas de Viena.

Entre Felipe II y el dominio sobre todo el mundo solo se interponía un reino: un Estado insular periférico, dirigido por una mujer a la que pocos habían creído capaz de guiar a un pueblo en el furor de la batalla. Se trataba de Inglaterra y de su reina, Isabel I. Su padre, Enrique VIII, tras defender inicialmente al papado, alejó en 1534 al reino de san Jorge de la comunión con Roma a través del Acta de Supremacía. Sin embargo, a mediados del siglo XVI el reino inglés aún se hallaba sumido en una serie de dolorosas transformaciones que estaban desgarrando su tejido social. El Estado que Isabel I heredó en 1558 se encontraba asolado por contradicciones y profundas heridas.

El elevado número de fieles católicos que aún había en el reino entrañaba un grave problema de orden público y de fidelidad a la corona. Las extraordinarias riquezas que se habían confiscado gracias a la eliminación de las órdenes religiosas habían enriquecido enormemente al Estado, pero la economía del país, basada en el pastoreo y la agricultura, aún era irrelevante y se encontraba relativamente atrasada con respecto a la de otras regiones de Europa. Nada comparable a las manufacturas textiles flamencas e italianas. Nada similar a las naves repletas de oro, plata y especias que arribaban cada año a España y Portugal desde las colonias americanas y asiáticas.

Además, el ascenso de Isabel I al trono no estuvo exento de problemas. Su madre, Ana Bolena, la segunda mujer de Enrique VIII, había sido decapitada en 1536, acusada de brujería, incesto y alta traición. La princesa, que entonces apenas tenía tres años, fue descartada de la línea de sucesión y enviada al exilio. La readmitieron en la corte unos años más tarde, gracias a una serie

de afortunadas relaciones de amistad que consiguió trabar con las sucesivas esposas de su padre: a diferencia de lo que ocurre en los cuentos, en este caso fueron las madrastras las que la ayudaron a volver a entrar en la línea hereditaria. En ese tiempo Enrique VIII había conseguido tener un hijo varón, que en 1547, cuando apenas tenía diez años, le sucedió bajo el nombre de Eduardo VI. El joven monarca, sin embargo, no estaba destinado a reinar durante largo tiempo. Murió en 1553, siendo aún adolescente, tras una dolorosa enfermedad, tal vez tuberculosis. Pero el momento de Isabel aún no había llegado. En el orden de sucesión iba por delante de ella su medio hermana María, hija de Catalina de Aragón, la primera mujer de Enrique VIII. Había sido precisamente el divorcio de estos dos ilustres cónyuges lo que provocó que Inglaterra se alejase de Roma y se sumase al bando protestante.

Pero los planes de María no eran los de su padre. En el transcurso de su breve reinado, que se extendió entre 1553 y 1558, intentó ferozmente restablecer la Iglesia católica en su país. Su política contra los opositores protestantes fue tan dura que le valió el sobrenombre de «María la Sanguinaria». A pesar de la espantosa serie de ejecuciones y encarcelamientos que ordenó, María contaba con el apoyo mayoritario de sus súbditos, que en gran parte se habían mantenido vinculados a la antigua religión. No obstante, cuando llegó a la edad de treinta y ocho años, la soberana necesitó consolidar su posición encontrando un marido con el que garantizar su descendencia. Por sugerencia de su primo, el emperador Carlos V, eligió al hijo de este, es decir, a Felipe, heredero al trono de España y once años menor que ella.² Se celebró la boda, pero debido a varias condiciones contractuales desfavorables para el español —como la prohibición de que accediese al título de rey reinante, lo que lo obligó a conformarse con el de rey consorte—, el corazón de Felipe permaneció impassible ante la causa inglesa. Y eso que, por lo que parece, María estaba realmente enamorada de él.

Aquella unión, en cualquier caso, era profundamente coherente desde el punto de vista político: el objetivo de estos adali-

des del catolicismo era volver a traer de una vez por todas al reino inglés al terreno de Roma y procrear un sucesor que asegurase su continuidad. La pareja parecía tener el éxito asegurado. Sin embargo, como sucede a menudo, el destino había planeado un rumbo diferente: no solo la unión entre María y Felipe no tuvo descendencia, sino que, además, la reina murió pronto, concretamente el 17 de noviembre de 1558, a causa de un cáncer de ovario. Para el bando católico en el poder, liderado por Thomas Howard, cuarto duque de Norfolk, estaba claro que, si María fallecía sin descendencia, sería imposible mantener a Inglaterra en la órbita de Roma.

Al fin y al cabo, el trono le correspondía a Isabel, protestante convencida. Para impedir su coronación, Norfolk trató de persuadir a la reina, ya agonizante, de que firmara la condena a muerte de su medio hermana, pero sus esfuerzos fueron en vano. Felipe, por su parte, no quedó especialmente afectado tras el fallecimiento de su esposa. Eso sí, no tenía ni la más mínima intención de renunciar al trono inglés. Por eso pidió inmediatamente la mano de Isabel I, la hija de la odiada Ana Bolena. La nueva monarca lo rechazó sin dudarlo, igual que hizo con todos y cada uno de los candidatos que aspiraban a casarse con ella. Con el recuerdo aún vivo de su difícil infancia, transcurrida entre el exilio y la prisión, y tras sobrevivir a la ejecución de su madre y de sus muchas madrastras, Isabel sabía que al fin había llegado su momento de reinar. Una mujer, sola por elección y protestante por vocación, se hizo entonces con las riendas del reino de Inglaterra, y a partir de ese momento ya nada sería igual.

EL MUNDO NO ES SUFICIENTE

El año 1559 iba a ser un momento decisivo para el destino de Europa. Parecían reunirse todas las condiciones para que estallase la guerra. Por aquel entonces Isabel I tenía enemigos tanto en su patria como fuera de ella. Su coronación, que se produjo el 15

de enero de aquel año, se celebró de forma modesta, sin pompa ni boato. Muchos obispos ingleses se oponían a ella porque la consideraban una heredera ilegítima. Para la nueva reina, la cuestión religiosa fue desde el primer momento un asunto candente, como también lo sería en la aventura de Drake y Nuno da Silva. Aquel mismo año, siguiendo el consejo de William Cecil, primer barón de Burghley, la soberana dictó el Acta de Uniformidad, por la que se hizo obligatorio el uso del *Libro de Oración Común* para la liturgia. Aquel texto proponía una síntesis de la tradición católica y de las innovaciones protestantes para garantizar, en la medida de lo posible, la paz religiosa. También en 1559 Isabel I aprobó una nueva Acta de Supremacía —la segunda, después de la que había adoptado su padre—, por la que se forzaba a los cargos públicos a jurarle fidelidad y a reconocer su autoridad religiosa. Además, la reina asumió el título de gobernadora suprema de la Iglesia de Inglaterra, lo que causó un gran descontento entre el clero y amplios sectores de la población.

En medio de este clima de tensión apareció una extraordinaria rival para la hija de Enrique VIII: se trataba de su prima, María Estuardo, reina de Escocia. En el momento de la coronación de Isabel, y aprovechando la difícil situación en la que se hallaba la nueva monarca, María se declaró legítima soberana de Inglaterra, con la esperanza de que este gesto bastara para que el frágil trono se desmoronase. María Estuardo se encontraba entonces en Francia, en calidad de esposa del desventurado rey Francisco II, de la Casa de Valois. Tras la muerte de este último, se mantuvo al frente del reino galo durante algo más de un año, pero en 1561 regresó a Escocia, con lo que inició un largo periodo de tensiones políticas, entre complots y persecuciones religiosas.³

En aquella situación, el rechazo de la reina a su propuesta de matrimonio exacerbó los ánimos de Felipe II, más decidido que nunca a hacer valer sus derechos sobre el trono de Inglaterra. Inmediatamente después de que su rival se coronara, el rey de España disponía ya de unos increíbles recursos materiales, humanos y militares. La Paz de Cateau-Cambrésis, que se firmó en

abril de 1559, había puesto fin a medio siglo de guerras entre Francia y España por el dominio de la península itálica, que se libraron en el territorio de esta última. En aquel conflicto, el Estado hispánico se llevó el triunfo completo, ya que se hizo *de facto* con el control de casi toda Italia, de la que expulsó de una vez por todas al enemigo francés.

Por aquel entonces los ejércitos de Felipe II eran una maquinaria de guerra letal. Sus soldados, procedentes de España, Italia, Flandes, Cerdeña y Sicilia, se habían curtido en decenas de batallas en África, Europa y América: una masa humana heterogénea, pero cohesionada por su común fidelidad a su soberano, a su Dios y a su dinero, es decir, a una riqueza que salía en buena medida de las minas de Potosí,⁴ en el Virreinato de Perú, un territorio arrancado por la fuerza al imperio inca años atrás. El reino de Francia, histórico rival de Felipe II, se encontraba por aquel entonces al borde del abismo y no podía constituir una amenaza. En 1560, tras la muerte de Francisco II de Francia, los católicos y los calvinistas habían elevado la tensión al máximo nivel y estaban dispuestos a iniciar un ciclo de cuarenta años de guerras despiadadas, en las que ambos bandos derramarían ríos de sangre y se mancharían las manos con crímenes indecibles.

Sin embargo, Felipe II, además de ambicioso, era un hombre sensato al que no le gustaba precipitarse. No aprovechó su ventaja estratégica para atacar a Inglaterra; al menos, no inmediatamente. España ya era dueña de la mitad del mundo. ¿Para qué malgastar valiosos recursos si el reino de Isabel I se hundiría pronto debido a las dificultades que lo atenazaban? Era mejor esperar a que los acontecimientos siguieran su curso. El gran imperio español solo tenía un punto débil: sus enormes dimensiones. Su extensión global había obligado a alargar las vías de comunicación, pero también a reducir su número, lo que incrementaba su fragilidad. En el fondo, era un gigante con pies de barro. Debilitar aunque solo fuese una parte de su delicado esqueleto de transportes y comunicaciones, tanto terrestres como marítimas, habría entrañado el riesgo de que todo el sistema colapsara.⁵